

Mosquito

Enrique del Risco

inCUBAdora Ediciones

British:

Luego del pecado original de nacer en el sitio que todavía hoy conforma –junto a mi padre- mi mayor vergüenza debo adelantarme catorce años para referirme a mi intento más serio de escaparme de él. Porque no cuento haberme escondido en el baño del aeropuerto de Barajas a los once con la esperanza de que los causantes de mi nacimiento, atareados con mis hermanos menores y con maletas que habían atiborrado de cuanto tareco les pareció útil¹, se olvidaran de mí. Esperaba, iluso que era, que se entretuvieran el tiempo suficiente como para que ya no les fuera posible bajar del avión para entonces ir a entregarme a la policía española. Pero de alguna manera debieron pesar los siete meses que había gastado en el interior de mi madre porque justo cuando estaban chequeando el equipaje (debí haberme escondido después de que le preguntaran cuántos son ustedes y la mirada de mi madre nos recorriera a todos para

¹ Incluidos algunos objetos recogidos de la basura del elegante barrio en el que vivíamos en Madrid.

hacer el último conteo antes de entrar a la sala de espera) la autora de mis días se sentó arriba de las maletas y rodeando a mis hermanos con los brazos se puso a gritar que no pensaba montarse en el avión sin su primogénito.

Como si alguien le hubiera planteado seriamente escoger entre su hijo y una de las maletas.

En todo caso por el modo en que lo dijo debió parecerle a la gente del aeropuerto que mi madre estaba dejando caer sobre ellos toda la responsabilidad de mi desaparición. Así que acompañados por el señor al cual le debo mi primer apellido empezaron por registrar los baños que por experiencia debían saber que es el primer lugar donde uno debía buscar a un cubano de cualquier edad con un pasaje de regreso a su país. Cuando me encontraron encaramado sobre una taza me entregué diciendo que no quería montar en el avión y el individuo calvo que todavía duerme junto a mi madre soltó aliviado: “Ah, es que el niño le tiene miedo a los aviones”.

Pero no quiero hablar de ese intento de fuga sino del siguiente que ya no pudo confundirse con simple miedo al transporte aéreo. Llevaba cuatro amargos años esperando mi oportunidad, soñando con que mi padre me llevaría al menos a la fiesta de alguna embajada y entonces esconderme en cualquier sitio menos en el baño² hasta que por fin unos cuantos compatriotas se me adelantaron: incrustaron un autobús

² La única vez que mi padre me permitió que lo acompañara fue cuando asistió a la celebración del nosecuántos aniversario de la liberación de Bulgaria del nazismo: mi desesperación por escapar de Cuba no me impedía darme cuenta de las diferencias que había entre pedir asilo en la embajada de los hermanos búlgaros que en la de los enemigos franceses por ejemplo.

contra la cerca de la embajada peruana y corrieron a meterse adentro. No obstante los custodios de la embajada empezaron a ametrallarla con tan mala suerte que accidentalmente uno de ellos mató a otro de sus compañeros. Y si digo mala suerte es pensando en él porque cuando Fidel anunció que en represalia por haberle dado cobijo a los del autobús quitaría la custodia a la embajada para que los peruanos se las arreglaran como pudieran yo vi las puertas del paraíso abiertas y ese paraíso no era otro que la embajada de la república del Perú.

Me imagino que Fidel intentaba crearle un caos a los peruanos cuando de pronto tuvieran que darle asilo a cien, doscientas, quinientas personas.

Cuando cada vez que uno de los empleados de la embajada sintiera necesidad de usar el inodoro tuviera que hacer al menos media hora de cola.

Obligarlos a algo para lo que el personal diplomático no tenía ningún entrenamiento.

Algo así.

Dos horas después del anuncio yo estaba en el patio de la embajada del Perú junto a varios socios del barrio, antiguos compañeros en el sueño de largarnos de allí a la primera oportunidad. Llegar al Yuma, ese sitio mágico en que todos los televisores eran en colores y uno podía estar oyendo rock hasta que se le cayeran las orejas. Porque a mi regreso a Cuba a los once años descubrí

que no hacía falta haber estado a punto de nacer en Londres

o haber vivido durante años en el extranjero

para desear escapar de allí como si te estuvieran quemando las plantas de los pies con sopletes. Que no hacía falta haber vivido fuera de ese infierno para que estuvieses dispuesto a cualquier cosa por fugarte.

Y el vago concepto de “cualquier cosa” empezó a adquirir una consistencia casi insoportable a medida que aquél patio se fue llenando de gente hasta que no cupo un cuerpo más. Y entonces aquellos cuerpos empezaron a comportarse como era de esperarse de ellos. Porque una cosa es echar en una mochila un par de latas de leche condensada, una cantimplora con agua fría y una bolsa de hojuelas de maíz y otra infinitamente distinta es que empiecen a pasar las horas hasta convertirse en días y semanas y que los diez mil cuerpos que se agolpan en aquellos dos mil metros cuadrados –o sea, cinco personas por cada metro cuadrado, óiganlo bien- hagan lo mínimo que pueden hacer que es ocupar un lugar en el espacio correspondiente a su masa. Y a sudar y a cagar las cosas indigestas que se llevaron para sobrevivir a esa aventura. Así tuvimos que enfrentarnos a la desquiciante certeza de que durante el tiempo que íbamos a esperar a que se resolviera nuestra situación seguiríamos teniendo estómago e intestinos y nariz y cada segundo que pasáramos allí se iba a convertir en una tortura que sólo podría redimir un sitio tan absolutamente prodigioso como era el

Yuma de nuestros sueños. Y mientras tanto la escasa comida que pasa la policía a través de la cerca no alcanza y la gente diciendo que no se peleen que eso lo hacen para que nos matemos por las misérrimas cajitas con congrís frío que reparten y así filmarnos para convencer al resto de la humanidad -empezando por nuestras propias familias y terminando por el último de los esquimales- de que somos unas bestias o unos delincuentes que es la única manera de explicarse que alguien pueda renunciar a vivir en el paraíso.

A nuestro grupo, por suerte, le fue bastante mejor que a otros porque después de todo éramos unidos y nos apoyábamos en todo y se nos hacía un poco más fácil conseguir agua o comida o cartuchos donde cagar y tirarlos por encima de la cerca. Y pasamos semanas en medio de aquella nube insoportable en la que se condensaba todo el hedor que pueden acumular sobre sí diez mil cuerpos mientras las turbas desfilaban por delante de la embajada gritándonos “¡Que se vayan! ¡Que se vayan!” y nosotros les gritábamos que sí, que eso precisamente lo que queríamos desde un primer momento, que lo que no entendíamos era por qué les molestaba tanto que lo hiciéramos. Después de todo aquello ¿o fue antes? empezaron a repartir salvoconductos para que regresáramos a casa y desde allí tramitar la salida del país pero en parte porque pensamos que era una trampa del gobierno para sacarnos de la embajada y en parte porque le temíamos más a nuestras familias que al propio gobierno -menos Ulises el Palomo todos nosotros éramos menores de edad- decidimos plantarnos y no salir de allí

hasta que nos llevaran directamente al puerto del Mariel para de allí salir para el Yuma³.

Resolvimos las cuestiones de conciencia mandando papelitos para la casa con gente que se acogió al ofrecimiento de los salvoconductos. En aquellos papelitos decíamos que

estábamos bien

que no se preocuparan

que ya les escribiríamos con más tranquilidad desde los Estados Unidos.

Así, como si ya tuviéramos un pie encima del barco que nos iba a llevar al Yuma.

Mandamos aquellas noticas en parte porque queríamos que nuestras familias se tranquilizaran y no trataran de hacer contacto con nosotros y en parte para que entendieran que lo nuestro no tenía marcha atrás, que nuestra decisión era irrevocable y que era mejor que se fueran haciendo a la idea de que no nos verían en un buen rato que en aquellos tiempos equivalía al resto de la vida. Esa convicción fue al que hizo que aguantáramos las primeras semanas que fueron las peores en aquella balsa de Medusa y luego las semanas siguientes en que ya estaba más vacía hasta que una noche llegaron unos militares para llevarnos hasta el campamento de El Mosquito, una base militar cerca del puerto del Mariel que era donde estaban llegando todos aquellos yates de la

³ Tampoco nos desesperamos como otros muchos que a la primera oportunidad se fueron al Perú y todavía quedan algunos empantanados por allá. Gente a la que a cada rato les hacen un reportaje como a antiguos veteranos de alguna guerra más que perdida y que nunca se enteraron por qué fueron a ella en primer lugar.

Florida para sacar a sus familiares. Y claro, con Fidel preocupado como siempre con proveer a su pueblo con la mayor igualdad de oportunidades posible se empeñó en llenarles los yates con todo el que encontró a mano. Incluso si los familiares de los que enviaban los yates no cabían en el primer viaje y las embarcaciones tenían que dar dos y hasta tres viajes antes de llevarse a los suyos. Y entre ese relleno gratuito de los barquitos que iban y venían por el estrecho de la Florida estábamos nosotros y todo el que a Fidel se le ocurrió sacar de las cárceles o de los manicomios para demostrar que tenía razón y que los únicos que podían estar ansiosos por abandonar la isla eran los criminales o los locos.

Si uno se lo piensa bien ese es un magnífico método de demostración dialéctica.

Primero dices cualquier cosa que se te ocurra y a continuación obligas a la realidad a ponerse de acuerdo con tus palabras.

De los doce que nos metimos originalmente en la embajada en “El Mosquito” quedábamos dos socios del barrio -Roy y Raulito el Bizco- y yo. En el campamento nos llamaban “los embajadores” que era el título burlón que recibíamos los que habían estado en la embajada del Perú y que cada vez éramos menos entre el montón de gente que recalaba en el campamento. “Los embajadores de Pogolotti”, aclarábamos con la esperanza de que el nombre temible de nuestro barrio ayudaría a protegernos.

Cuando andas durmiendo al aire libre rodeado de mosquitos que quieren levantarte en peso

y lo único que hay de comer es un arroz frío y duro con huevos revueltos con cáscara y todo

y tienes una sed horrible todo el tiempo que no te quita el agua salobre con un leve tufo a gasolina que te dan para beber

y encima andabas rodeado de seres locos por quitarse la rabia que llevan acumulando durante meses o años en una cárcel o un manicomio

no hay nada más valioso que un buen par de socios.

No sólo para defenderte del destino triste de los muchachos solos que son las primeras víctimas en esas situaciones sino también para tener a alguien delante del cual aparentar que eres capaz de sobreponerte a todo eso, que ocurra lo que ocurra no te vas a arrepentir del paso que has dado. Y para hacerte más corta la espera, claro. Porque “los embajadores de Pogolotti” pasábamos buena parte del tiempo preparándonos para el interrogatorio que nos harían antes de irnos. O sea, poniéndonos de acuerdo en todas las mentiras que íbamos a decir sobre la fecha de nacimiento, el sitio donde vivíamos y nuestras familias.

En esencia: se trataba de convencer a nuestros interrogadores de que los tres éramos huérfanos y mayores de edad. Como en Cuba la mayoría de edad se alcanza a los dieciséis años no era muy difícil de convencerlos de lo primero. Para explicar nuestra orfandad lo que se nos ocurrió fue decir que los tres éramos hermanos y nuestros padres habían muerto en un accidente. Eso nos creó un problema adicional porque como los tres éramos menores de edad decidimos que era mejor no intentar convencer a nadie que siendo hermanos los tres teníamos dieciséis años porque eso nos convertía automáticamente en trillizos. Nos pusimos de acuerdo en decir que Roy -que tenía unas pelusas en la cara que pasaban por barba- tenía dieciocho, yo diecisiete y Raulito dieciséis. Roy era un tipo inteligente pero Raulito además de bizco era incapaz de memorizar su nueva fecha de nacimiento. Lo mismo decía el día de su cumpleaños real que el de algún patriota o fiesta nacional que le viniera a la mente así que para ponérsela fácil le dijimos que había nacido el primero de enero de 1964 y finalmente se la aprendió aunque a veces se equivocaba de año.

El resto del tiempo se nos iba en imaginarnos cómo iban a ser nuestras vidas en el Yuma. Ninguno hablaba de trabajar o estudiar algo. Eso nos hubiera parecido cosa de los comunistas o peor: de nuestros padres. Hablábamos como si nos fueran a esperar al otro lado con un millón de dólares para cada uno y en lo adelante nuestra única preocupación sería en cómo gastarlo de la manera más rápida, inteligente o elegante posible, según por lo que nos diera. Yo en aquellos días me creía elegante así que

recorría con la memoria cada uno de los catálogos que había visto en mi vida y hacía compras mentales mientras nos hacían formar en filas trazadas a filo de bayonetas y esperábamos a que el dedo de algún oficial decidiera que nos tocaba ir hasta el puerto del Mariel y montarnos en un barco. Teníamos un pacto: cualquiera que fuera elegido para viajar nos señalaría a los otros dos diciendo que se iba con sus hermanos o de otra manera se quedaba. Un pacto es un pacto pero mientras los oficiales pasaban revista a las filas me pasaba todo el tiempo preguntándome qué haría realmente cuando me pusieran en la disyuntiva de irme solo o quedarme para siempre en ese lugar del que mentalmente me había ido hacía tanto tiempo. Porque todas las necesidades y humillaciones que pasábamos en esos días sólo tendrían sentido si llegábamos a subirnos en uno de aquellos yates y no parábamos hasta atracar en Cayo Hueso. Por mucho que ahora me parezca lamentable la situación en la que estábamos y hasta me pueda dar lástima a mí mismo nunca se podrá comparar con la lástima que nos inspiraban aquellos pocos a los que veíamos pedirles a los oficiales que los llevaran de vuelta a su casa porque no soportaban más el meticuloso suplicio que era ser huésped de El Mosquito.

A mí me gusta decir que todo ocurrió a última hora, justo antes de montar en el yate. Digamos que me represento, aunque no llegue a decirlo, en el segundo o tercer peldaño de la escalerilla del yate, a apenas un par de metros de la borda pero la verdad es que esa mañana tenía la misma esperanza de que nos tocara el turno de montarnos en el

barco que cualquiera de las mañanas anteriores, quizás un poco menos porque a medida que pasaban los días uno se preguntaba si Fidel no arrepentiría a última hora. Si una de esas mañanas aparecería y diría: “Hasta aquí los que se van que si permito tanto relajito se me va a ir todo el país. Y los demás, ya saben, calabaza, calabaza, cada uno para su casa y el que no tenga casa entonces lo mandamos para la cárcel”. Como al final pasó con varios amigos míos -que se achacaron todos los delitos que pudieron para que los dejaran ir porque la salida la otorgaban en proporción directa al número de delitos confesados- y como no se pudieron ir terminaron presos porque con tantas confesiones tampoco era que los fueran a dejar sueltos en las calles de mi ardiente patria.

Así que esa mañana no me había despertado con particulares esperanzas de que esa sería la mañana de mi suerte hasta que uno de aquellos oficiales que a cada rato pasaba revista a las filas vino hacia mí como un misil que se guía por el calor de su víctima y no me quedó otro remedio que pararme en firme esperando que me diera la orden de que lo acompañara. Como habíamos acordado le dije que no, que yo no me iba sin mis hermanos pero fue como si le estuviera dando la explicación a un misil teledirigido a punto de estallar contra mi cara. Apenas tuve tiempo de girar la cabeza hacia Roy y Raulito como pidiéndoles disculpas por dejarlos allí mientras yo me iba directo para el Yuma.

¡Qué angustia! Los socios me iban a decir traidor y con toda la razón.

¿Qué iba a hacer?

¿Tirarme en el piso?

¿Lanzar patadas mientras gritaba que o me iba con mis hermanos o tendrían que....?

Y el pensamiento se quedaba congelado allí mismo porque no se me ocurría nada lo suficientemente amenazador para obligarlos a hacer que Roy y Raulito me acompañaran hasta el yate. Mi imaginación por fin se encaminó por otros rumbos, fantaseando con la idea de que cuando llegara a Miami convencería a algún patrón de barco para venir a recoger a mis hermanos de embajada. Y si no se dejaba convencer peor para el patrón porque entonces me robaría la lancha y llamaría a casa de Roy que era el que tenía teléfono de los dos y usando una contraseña muy discreta les avisaría que los iba a pasar a recoger en el yate robado. Algo así como tal día a tal hora vamos a ir al acuario a ver la foca Silvia.

Pero el frenesí creativo alimentado por la angustia que me causaba el abandono de mis amigos fue interrumpido por una angustia muchísimo mayor. Y es que junto a la garita de la entrada estaba parado mi padre y entendí enseguida lo que eso significaba: no era precisamente que venía a despedirse de mí. Todo lo contrario. Había venido para llevarme con él de vuelta a casa. Entonces sí me puse histérico y me tiré al piso como

debí haber hecho cuando creía que me iban a meter en un yate sin Raulito y sin Roy. Pero no me sirvió de mucho y entre el oficial que me acompañaba y otro militar más me agarraron por las piernas y las manos y el oficial le preguntó a mi padre “dónde se lo ponemos”. Lo que me llamó la atención fue que lo dijera con tanta seriedad, casi con respeto. Como si por un momento hubiera dejado de ser la escoria humana a la que pertenecía desde hacía unas cuantas semanas y me hubiese convertido en un mueble valioso que no quisieran romper. “En el carro” dijo mi padre. “En la parte de atrás” como si fuera un mueble pero no tan valioso aunque igual le pareciera mala idea permitir que me hicieran. Y hasta allá me llevaron los militares sin que yo pudiera hacer otra cosa que revolverme entre sus manos.

Mi padre estuvo un rato hablando con ellos, supongo que dándoles las gracias y asegurándoles lo sorprendido que estaba ante mi decisión de escapar. Habrá sin dudas invocado mis juntamentas de los últimos tiempos que es la solución universal de los padres para explicarse cada acción de sus hijos con la que no estén de acuerdo y de paso excluir toda posibilidad de que los genes propios puedan producir tales acciones. No hacía ni diez minutos que andaba yo parado en la formación bajo el sol practicando mis ejercicios espirituales mañaneros en los que me imaginaba viendo un concierto en vivo de Pink Floyd, o de Led Zeppelin –porque a John Boham, aunque no lo sabía, aún le quedaban unos meses de vida- o de Frank Zappa y ahora estaba frente a mí el requetecontrasingado de mi padre regañándome por la angustia que le había hecho

sufrir a mi madre y a mi abuela. Hablaba sin apartar la mirada del parabrisas mientras con las dos manos estrangulaba el timón del carro a falta de algo mejor. Me preguntó si yo pensaba que él iba a dejar que yo, su hijo, me fuera a corromperme a esa sociedad podrida, a inyectarme cocaína (así de perdido estaba el pobre) a revolcarme en toda aquella podredumbre. Pero estaba equivocado porque ahora yo iba a ver lo que era bueno, etc etc. “Eso no fue lo que yo te enseñé. Yo no te enseñé a ser traidor” era lo que repetía una y otra vez.

Pensé en cagarme en su madre, esa abuela que tanto le preocupaba en estos momentos.

En decirle que lo que menos le preocupaba era que yo me metiera drogas o me corrompiera.

Su única preocupación era lo que dijeran sus jefes del MINREX cuando supieran que su hijo se le había ido con el enemigo.

Lo que temía era verse marcado como un ser débil, alguien que no había podido impedir que su hijo se fuera a territorio enemigo.

Lo que le angustiaba era que a partir de entonces su carrera en el ministerio se viera truncada o cuando menos trotando en el lugar.

Lo aterraba que le quitaran el carro y no poder salir con jovencitas.

Que no pensara que yo no sabía qué era lo que de verdad, lo hacía sentirse vivo en este mundo, y con vivo quiero decir importante.

Pero no le dije nada. Él era un cara de guante y lo sabía. Yo no quería darle la oportunidad de que renovara su furia verborreica con mi respuesta y tuviera para otra hora más. Así que me callé y concentré mi mirada en una pegatina que tenía el parabrisas del XI Festival de la Juventud y los Estudiantes (una palma real que en el cogollo tenía el símbolo del festival, una flor de cinco pétalos con cada pétalo simbolizando un continente distinto) como si quisiera despegar la cabrona calcomanía con la vista. Así hasta que ante la falta de resistencia de mi parte el discurso que el viejo traía preparado fue apagándose y ya a la altura de la playa de El Salado dejó de hablar y encendió el radio del carro y puso una emisora cualquiera que en esos días no se cansaban de transmitir música que ellos llamaban patriótica pero que yo llamaría sencillamente infernal que combinaban con la lectura de comunicados y consignas destinados a recordarles al pueblo que su gobierno, como siempre, tenía la razón. Y que el pueblo, como siempre, tenía razón en obedecer a su gobierno. Lo que en cualquier otra circunstancia hubiera sido una tortura para unos oídos como los míos, acostumbrados a escuchar únicamente las emisoras americanas de onda corta, aquella sarta de idioteces me produjeron, como alternativa a la posibilidad de volver a escuchar a mi padre, un alivio total. Yo rumiaba la pérdida de mis ilusiones de atravesar los Estados Unidos en un carro descapotable, de conocer la estatua de la libertad y a Farrah

Fawcett y el pelo perfecto de Farrah Fawcett, de tomar cervezas en latas, de vivir en fin una vida de película y no una tan abominablemente gris como la programación de la radio nacional mientras por esa misma radio hablaban de lo unido que estaba nuestro pueblo frente a las amenazas del imperialismo y citaban frases de Martí. Fue entonces que me dio por pensar que Martí decía todo aquello de los Estados Unidos porque él sí había vivido allí mientras que yo tendría que sufrir este sol, esta tierra y este cielo hasta que me muriera. Pero, asustado ante esa posibilidad me hice el más firme propósito de que no sería así. No me reintegraría sin más a la normalidad representada en ese instante por mi padre. No me importaba lo que tuviera que hacer: a partir de ese momento dedicaría cada minuto de la vida que me quedara en aquella isla maldita a preparar mi fuga. Mientras más enfrascado estaba en mis juramentos y mis planes de escape me di cuenta de que ya habíamos llegado a La Habana y mi padre había detenido el carro frente a una pizzería en el paradero de Las Playas de Marianao, como le dirían los viejos habaneros y me estaba preguntando si tenía hambre.

—No, no tengo hambre —le respondí.

Y siempre pienso en el sentido simbólico de que las últimas palabras que intercambiara con mi padre en toda la década del ochenta fueran una pura mentira. Porque lo único indiscutiblemente cierto en aquellos momentos era que tenía un hambre atroz y para confirmar que era así antes de llegar a la casa ya me había desmayado.